

la separación quien se va, ya sea de grado, ya sea por fuerza, consigo se lleva la vida, y si no la vida, la felicidad de todas las personas amantes que al lado del sér amado han vivido. Nada le costó á Luis ascender las escaleras de su cadalso; pero le costó mucho dar á los suyos el signo de la separación. Diríase que lo habían clavado á su asiento. En efecto, le había clavado el corazón. Pero no había remedio; el deber moral y religioso con su confesor; y la necesidad imprescindible de su confesión se imponían y sobreponían á todo y á todos. Aunque, al erguirse para separarse, un vértigo le prendió la cabeza, un latido enorme le desgarró el corazón, un sollozo profundo le partió el pecho, un temblor de todos sus miembros le hizo vacilar sobre sus plantas, un sacudimiento nervioso, como si asesina electricidad se hubiera difundido por sus músculos y sus huesos, le atenaceó todo su cuerpo, Luis mandó á su voluntad con sumo imperio, y la voluntad le obedeció con pronta obediencia. María Antonieta llora y se queja en voz alta; el niño grita como los pajarillos que han perdido á quien les daba de comer y les prestaba el vital calor en su nido abandonado y yerto; las dos princesas claman á Dios, llorando, porque enterraban á su padre y hermano, porque lo enterraban vivo y sano, merced á la ceguera y á la crueldad de los hombres. No se puede adivinar cómo un padre á sus hijos ama: cómo una esposa y madre á su esposo y á toda su prole; cómo los pequeñuelos á quienes les dieran el sér; no se puede adivinar, no, sino después de experimentada la desgracia enorme de perderlos, pues nuestra misérrima inteligencia nada conoce sino por la contradicción. El mayordomo abrió la puerta del comedor conducente á las otras habitaciones del Rey, así como también al segundo piso de la torre. En este momento la familia entera se agrupa como protestando contra la brutalidad despótica que la separa de su tronco y que la corta en pedazos. La Reina y el Rey se asen á las manecitas del pobre delfín, como si la inocencia del príncipe amado pudiera ser un escudo contra la brutalidad de los comuneros rojos. La princesa, joven, ó niña casi, coge al Rey por la cintura y no le permite dar un paso. La princesa Isabel retie le á su hermano por el brazo izquierdo y hace supremos esfuerzos para fijarlo allí, como si con sus movimientos indeliberados lo extrajera de aquel naufragio. El Rey queda inmóvil por varios minutos, pero conociendo que aquello debe concluirse, tiende á separarse de los brazos que le ciñen y atan. Un alarido terrible responde á este gran esfuerzo. El sollozo resulta de tal modo alto é intenso, que se diría palpitaban las piedras, como en la muerte de Cristo. El Rey, para conseguir la separación y consolar á los separados, les dice que mañana volverá con segeridad á verlos y á abrazarlos. Tras esta seguridad, les da un adiós, que debió salir de lo más profundo de la humanidad y debió llegar á lo más alto del cielo. Los suyos no se conformaban á una. El Delfín pedía más besos; la Reina se prostaba de hinojos y dirigía plegarias á su marido, como si el período de su martirio lo hubiera divinizado; las dos princesas interponían sus delicadísimos cuerpos en la puerta como para cerrarle á la santa víctima el paso y quedarse con él á su lado, aunque con él las lle-

vasen al suplicio. El carácter de aquellas princesas y príncipes se mostró en este instante supremo: El Rey volvió á su natural conformidad y bajó la cabeza con resignación so la posadumbre del destino; la Reina llamó canallas y monstruos á todos los revolucionarios, valdiéndoles con el coraje varonil que apareció siempre nota característica de su existencia; rezó Isabel en apelación de la justicia de Dios contra la injuria de los hombres; cayó desmayada y como muerta la infanta María Teresa; mostrando así cuánto se amaban unos á otros aquellos séres infelices, y cómo hubieran ido ellos jntos de grado á pisar el cadalso y compartir la muerte de su jefe. Ya estaba la familia real en su piso, y aún se oían los lamentos que hubieran hecho estremecer á la fortaleza y no hacían estremecer el pecho de los comuneros. Al entrar Luis en su cuarto y ver á su confesor, exclamó alzando los brazos al Cielo, con el éxtasis de una suprema felicidad reflejado en el rostro: ¡cuán amante y cuán amado soy!

Estas dulces palabras de amar y ser amado, por el Rey dichas en aquel supremo instante, debían hacerle más amable la vida que le quitaban y más aborrecible la muerte que le imponían. Habiendo vivido mucho tiempo sin amar ni ser amado; en un matrimonio puramente político y prenda diplomática de reconciliación entre Austria y Francia, dada tras unos trescientos años de luchas encarnizadas, en que los dos Estados se desgarraban uno á otro con implacable furor; aquel matrimonio aparece sobre todos los de igual índole, sobre todos los matrimonios regios un matrimonio de razón; y sus hijos, los hijos, no del amor, del deber. Luis y Antonieta vivían juntos en el primer período de su vida, pero no se amaban á la verdad con mutuo amor, ó más bien dicho, si el Rey amaba con amor puro á la Reina, por virtud, por obligación, por inclinaciones buenas de su temperamento, la Reina, en su íntimo sentimiento, no amaba por su parte al Rey, permitiéndose toda clase de coqueterías y de veleidades, juzgadas por su poco seso de joven lícitas, con tal que no fuesen hasta materialmente faltar á la fidelidad conyugal; con lo que, privándose de placeres á cuyo goce la inclinaba su temperamento, suscitaba murmuraciones injustas como si fuese una mujer poco fiel á su marido y poco pura ó poco casta por su naturaleza. Pero la desgracia lo había regenerado todo. En la desgracia encontró, á la hora del sacrificio, Luis, aquella naturaleza de mártir y héroe que tanto lo enaltece; y en la desgracia encontró Antonieta, la primera virtud propia de una buena mujer, más resplandeciente que todas las frias y duras coronas de Reina; el amor á su marido. En los nubados henchidos de lágrimas que se tienden por la inmensidad; en cuyos ayes de dolor despedidos por todos los átomos criados; entre los pliegues del gran paño fúnebre que se llama espacio; bajo el reloj de los tiempos llevándose á cada golpe de su martillo una vida misteriosa é inexplicable; aquí, en este Universo material, donde cada orbe habitable sólo por penas está, como el infierno, habitado, y donde cada sol en combustión, visto desde nuestras simas trabajadas por huracanes y tormentas, parece un cirio mortuorio; no hay más que



una isla etérea y hermosa, no hay más que el amor, quien desconcierta y vence á la muerte, por penetrar con sus esperanzas y con sus ilusiones en la inmortalidad. ¡Y al verse amado Luis tener que morir; cuando se le aseguraba por el sentimiento, y por el sentimiento correspondido, la eternidad en el tiempo, la infinidad en el espacio, y en la muerte la vida. Otro, que no hubiera sido él, tan blando de temperamento fisiológico y de condición psíquica tan bondadoso, contra sus verdugos se revoliera iracundo y los asae-teara con esas maldiciones de las agonías humanas, cuyos efectos suelen advertirse á una en los malditos, como los mandatos de un testamento en las familias; y renegara de un Dios, cruelmente sordo á sus plegarias, el cual ¡ay! le quitaba la copa de los labios en el momento mismo de brindarle con la más increíble felicidad su vida cuando no podía ya haber tal felicidad y gozarla. Pero Luis no desmintió ni por un minuto su temperamento físico y su compleción moral. Aquella palabra de Cristo á sus verdugos, pidiendo al Eterno el perdón de todos ellos, repítese á cada instante de la regia pasión; y no se cae de los labios del mártir, ni cuando sus espinas más se le clavaban en las sienes y las lanzadas de los sayones más cerca le iban del corazón y la hiel de la esponja pretoriana más le empapaba los labios y las blasfemias populares más le ensordecían los oídos y le destrozaban más pies y manos los clavos, y desde la cruz en sus ojos recibía la eterna noche y lanzaba en lo vacío su postrer suspiro. Mas, á pesar de todas estas transfiguraciones, Luis no soltaba de los hombros, ni en el instante de aquella terrible agonía, la púrpura del Rey, pegada, como una segunda y más fuerte piel que la natural, á su cuerpo. Así antes de abandonarse al lado religioso y moral de su confesión, hablóle al confesor de cosas mundanales. No contento con decirle cuán amante y amado era, le dijo también los consejos que acababa de dar al Delfín, su hijo, con la seguridad completa de que, ó bien él mismo en persona, ó bien cualquiera de los allegados á él por la herencia, volverían de nuevo á ceñir la corona caída de sus sienes. Luis decía esto por pura soberbia de raza, la cual no disminuía, ni al amenazarle misterio tan igualitario como la muerte, á cuyo rasero de igualdad nadie podrá evadirse mientras existan los mortales, ó sean, todas las especies criadas. La naturaleza de Rey jamás en él se desmiente. Luis XVI dió al pie del cadalso consejos á su hijo como antes al pie del cadalso los diera también Carlos I al más tierno de sus herederos, con la seguridad completa uno y otro de transmitir sus sendas autoridades á ellos por cualquier camino, pues uno y otro eran, en su respectivo estado, no solamente reyes, eran la Monarquía personificada en representantes que se creen venidos por sus abuelos de la eternidad y á la eternidad llamados por sus hijos.

¡Cuántas analogías entre uno y otro! Carlos I imperó entre dos cadalsos: el cadalso de su progenitora, María Estuardo, y el cadalso á su propia persona preparado por la Providencia. Consanguíneos de los católicos más católicos del mundo, como los Guisas, tenientes

en Francia de Felipe II; la religión católica le poseía las interioridades más recónditas del alma con aquella propia posesión de lo vedado, pues para ocupar el trono inglés debía ofrecer externo acatamiento al odioso anglicanismo. Llamado desde su natividad á regir los pueblos más parlamentarios del mundo, llevaba en la médula de sus huesos la teoría del derecho divino, y en las costumbres de su vida el más absurdo absolutismo. Siempre mandado por favoritos, de quienes, en su orgullo regio y en su endiosamiento personal, se creía servido, con igual indiferencia veía los pequeños y viciosos asesinados por puñales de esbirros, que los sabios y virtuosísimos enviados al cadalso por sentencia del Parlamento. Carlos I, también tuvo un Turgot en Straford, muy pródigo, como el francés, y, como el francés, poco parlamentario; y también le pagó con desdenes, alzando los hombros en la mayor indiferencia el día en que por él ¡ay! le dieron muerte. Su primer error, el que fué base de cuantos le condujeron á la ruina, estribó en sostener la guerra del Palatinado, contra viento y marea, cerrando las Cámaras y percibiendo sin su voto los tributos. Pero como la índole del país era parlamentaria, el Parlamento surgía por su propia virtud, planta espontánea en aquel suelo; y Carlos pasaba el tiempo desmedrándolo y persiguiéndolo, mientras, en realidad, se perseguía y desmedraba siempre á sí mismo, saliendo maltrecho de aquellos litigios en que sus enemigos encontraban alguna razón ó pretexto para refrenarlo, y someterlo, y mal herirlo. Doce años estuvo sin Cámaras, cumpliendo así como el último esfuerzo del absolutismo tradicional contra la libertad nueva. Creyéndose un Rey absoluto, no fué más que un Rey sacrificado. Y, poco á poco, llegó un Parlamento puritano, el cual trazó una petición de derechos, cuyos principales cánones fueron como preludios de aquella otra declaración de derechos, hecha y formulada en su debida sazón, que pasó el Atlántico, desde Inglaterra, con los puritanos al Nuevo Mundo, y desde el Nuevo Mundo, con los cruzados de la libertad, al Viejo Mundo, universalizándose por la filosofía y por la revolución francesa en fórmulas, constituyentes hoy de todas las sociedades progresivas y libres. Dadas sus ideas acerca del derecho divino, Carlos debía chocar con las Cámaras; y dadas sus ideas acerca del dogma religioso, Carlos debía chocar con los cleros puritanos, con los obispos oficiales, con los católicos irlandeses. Dominando en Inglaterra el anglicanismo; en Escocia el puritanismo; en Irlanda el catolicismo; en Carlos un anglicanismo templado por las interiores ideas católicas y un catolicismo templado por las aparentes ideas anglicanas, todo esto debía resultar un intrincado laberinto lleno de invencibles dificultades. En estas incidencias llegó el cuarto Parlamento, y también fué disuelto por el Rey, cuyos inútiles y temerarios golpes de Estado á la postre debían traer el último Parlamento de su reinado, el que lo destronó sin escrúpulo y lo inmoló sin piedad. No puede darse una mayor analogía entre dos reinados y dos Reyes, á pesar de la distancia que los separa en el tiempo y en el espacio. Hasta su Antonieta Carlos I tuvo en la infanta francesa, con quien unió sus



destinos, en la hija del gran Enrique IV, en aquella Enriqueta llorada por Bossuet con plañidos de Jeremías; circuida de frailes; exaltada en las dos religiones del cielo y la tierra, en su Iglesia y en su Monarquía; odiosa para los ingleses; varonil y peleadora y fuerte hasta el extremo de mandar ejércitos como cualquier amazona, y de pedir á sus marinos en formidable combate naval que la echasen al mar si vencían los enemigos; por todo lo cual, no obstante ser más parlamentaria que Antonieta, sobre la cabeza del Rey Carlos I acumuló tempestades idénticas á las acumuladas por su respectiva mujer sobre la cabeza de Luis XVI. ¡Cómo domina la fatalidad en el mundo! En Luis XVI imperaba una linfa irremediable, mientras en Carlos I una nerviosidad algo rayana con la demencia; el temperamento de Luis XVI se dejaba sugerir muchas ideas extrañas á su conciencia; el temperamento de Carlos I sólo estaba dominado por favoritos, á quienes mantenían sus neurosis; el Rey francés era de una condición psíquica y fisiológica muy arreglada, mientras el Rey británico de un irremediable desarreglo; pero, en uno y otro, se había sobrepuesto la naturaleza monárquica, de suyo artificial, á la naturaleza propia, que podríamos llamar con redundancia grande, naturaleza natural, por lo que dieron ambos en el destronamiento y en el cadalso.

Así, los dos á la hora de sus muertes respectivas, se acordaron muy principalmente de lo que constituía la base de su realeza: la herencia. Carlos no tenía en aquel trance consigo á todos los suyos; bien al revés de Luis XVI, quien abrazó y estrechó contra su pecho las prendas más queridas de su corazón. La Reina británica, María Enriqueta, pudo tener propicia nave, quien, por la tormenta combatida, ganó un deseado puerto de Francia, donde su preciosa carga depositó con felicidad; mientras Antonieta, la Reina de Francia, no logró arribar á refugio alguno en extranjero suelo, y vió desenlazadas todas sus fugas con fracasos, los cuales, después de haberla deshonrado moralmente á los ojos del pueblo, la condujeron, por una fatalidad incontrastable, al cadalso. Una y otra iban requiriendo de un invasor cualquiera la propia salud personal ó dinástica, y la ruina de los reinos sobre que mutuamente reinaron, pues Enriqueta libraba toda su futura suerte en Francia, de cuya familia real provenía, y Antonieta en Alemania, de cuya imperial casa era, creyendo cada una en sus desvaríos, los príncipes y Monarcas reinantes sobre los sendos Estados, á cuya sombra rodaron las doradas cunas de ambas, obligadísimos, por ser sus hermanos ó sus padres, á ser de los pueblos, donde las habían colocado en casamiento, hermanastros y padrastrós, con lo cual demostraban cómo las Monarquías resultan ajenas al pueblo que dirigen; pues si los Reyes suelen ser generalmente nacionales, suelen ser las Reinas extranjeras generalmente. Carlos I sólo pudo abrazar á la hora de morir al Benjamín de sus hijos: Carlos y Jacobo, primogénito y segundogénito, destinados á reinar, el uno entre los vicios connaturales á todas las restauraciones, el otro entre las desgracias que castigan estos vicios, y que le infligieron el destronamiento y el des-

tierra, se habían refugiado en Francia, juntamente con la hermosa Enriqueta, unida en matrimonio con el hermano de Luis XVI, Felipe de Orleans, y malograda en una misteriosa tragedia; no pudiendo, por tanto, acompañar en la hora de su agonía y de su muerte al amado padre. Sólo el postrer infantilillo de los pintados con tanta fidelidad por la mano de Van-Dyk, quien reuniera en maravilloso cuadro la familia de Carlos, recibió las amargas lágrimas con los tristes consejos de su padre, él, poco antes de salir para la muerte, lo puso sobre sus rodillas, se lo comió á besos, y le mandó no se prestase jamás á reinar en nombre de los revolucionarios y de la revolución, quienes, necesitando un regio príncipe para cohonestar con la legalidad antigua sus recientes usurpaciones, querrian hacerle suplantar sus hermanos en el trono, á cuyas tablas no debía subir como no le llamasen las respectivas muertes de éstos sin hijos y los precepto de las reales herencias; pensamiento bajo cuyo embargo y obsesión yacía su alma en aquella hora realmente trágica. Y no adolecían de ceguera sus inspirados presentimientos y sus claras previsiones, pues una de sus nietas, María de Holanda, unida con un descendiente del *Taciturno*, usurpó tal privilegio de su padre sin empacho, sucediéndole muy serena en el trono con detrimento de su familia y cohonestando así la vieja legalidad con la nueva revolución de Inglaterra. No anduvo en la expresión de sus últimas voluntades Luis XVI el camino que anduviera Carlos I. Con la seguridad completa de ser sucedido por su heredero natural y legítimo, aunque se hallara en durísima cautividad, Luis dió consejos al Delfín sobre materia tan delicada como las relaciones de un Rey con sus vasallos. Por el relato de la duquesa de Angulema y por el testamento de Luis XVI sabemos los consejos auténticos la noche terrible de su capilla por el Rey dados al Delfín. Tenacísimo en su abnegación, lo primero que le impuso como un verdadero mandato de la eternidad á la vida, fué el indispensable olvido de todas las injurias, y el perdón generoso á todos sus enemigos y á los enemigos de su padre, como un verdadero cristiano. Y luego, después de tan sanos consejos, apareció lo que había de más íntimo y propio en la naturaleza del Rey; apareció la religión del absolutismo, en virtud de cuyos dogmas y cánones le mandó que fuese un Rey completo con una corona completa, ó que no fuese Rey ni ciñera corona; todo lo cual equivalía en el fondo á decirle que fuese Rey absoluto siempre, por cualquier camino Rey absoluto, y que no fuese nunca Rey constitucional, ni por el camino más llano y fácil: tan poco escarmientan los monarcas, no solamente sobre las tablas del trono, sobre las tablas del cadalso. El privilegio así oprime á los que sufren su pesadumbre como corrompe á los que gozan sus ventajas. Aquellos dos hijos no correspondieron jamás con amores filiales el profundo afecto que hacia ellos sintieran sus padres. El mísero Delfín de Francia tiene ante la posteridad excusa. Destituido de todos sus tradicionales derechos; encerrado en una prisión cada día más dura y sucia; víctima de comuneros, á quienes el fanatismo gastara inteligencia y razón; todo cuanto dijera contra sus padres, que mucho